

¿Cuál era el procedimiento de antes? Esta pregunta, formulándose con insistencia, fué esclareciendo la conciencia de Aurelio... Poco á poco sus recuerdos se ordenaron, su sentido del peligro se deshizo de las sombras que lo obs-truían.

Y la primera idea concreta que tuvo, idea que le fué preciso musitar para saber mejor que la poseía, fué ésta: «Si fuera solo con el sar-gento bisojo, yo no llegaba á la ciudad».

XI

Hay en todas las vidas épocas vacías y épocas saturadas de hechos. Iguales lapsos de tiempo, comparados, no parecen tener la misma extensión, y aseguramos: «Aquellos tres meses, aquel año en que no hice nada, fué más corto que estos tres meses hipócritamente elásticos»... El tiempo pasa ledo por entre los jalones de la vida sedentaria, y se abre, se prolonga, centuplica la capacidad de sus minutos para abarcar cambios y sucesos en las nómadas existencias... Los calendarios y los cronómetros mienten. El reloj del tiempo es el alma.

Y Aurelio, sintiendo en la cabeza un hervi-dero de remembranzas, pensaba así, con los párpados entornados, inmóvil... La sala era pequeña; las seis camas, juntas las cabeceras á las paredes, estaban separadas por ventanales en cuyas cortinas de yute palidecía el sol. Era una sala apacible, y sólo los pasos de alguna monja y el vuelo continuo de las moscas en torno del

alambre conductor de la electricidad rompían el silencio. Casi todas las camas estaban vacías: un viejo, envuelta la cabeza en vendajes, reposó muchos días en la del rincón... El sentía afecto por aquel viejo á quien el color bronceo y los vendajes hacían parecer musulmán; y una noche, entre sueños, vió que un enfermero de riñones pujantes sacaba en brazos un cuerpo inerte... Luego le dijeron que el viejo había cambiado de clínica; pero no, él sabía que el silencioso viejo del turbante no estaba ya sobre la tierra... De vez en cuando Aurelio hacía esfuerzos para calcular el tiempo que llevaba allí. Recordaba borrosamente una etapa de somnolencia: largo letargo de terrores y espectros vindicativos... Después, un vacío de vida animal: dolores, necesidades materiales, sombras difusas que en torno al lecho ya lo cuidaban, ya lo interrogaban... Ahora suponía que aquellas sombras debieron ser las monjas, el médico y el juez. Las hermanitas de la sala eran dos, de edades diferentes, de estaturas diferentes, de procedencias sin duda muy diferentes, que el fondo común de sacrificio de los goces terrenos no había podido desvanecer; una era de continente prócer, de esquivo y severa bondad...; en la otra, todas las facciones y todos los gestos estaban supeditados á los ojos: grises ojos vir-

ginales de transparencia acuática. Debían ser, una instruída y la otra no... Las dos lo querían; las dos, sobre todo, desde hacía varias semanas, parecían haber añadido algo muy acendrado al interés con que lo miraron desde el primer momento.

—Cuando sea juicioso y repose, le diremos una cosa muy buena.

—Debían dejarme incorporar —suplicáballes él.

—Con ese tejemaneje que se trae, no sanará nunca.

—Tiene razón la hermana Isidora: estése tranquilo.

—¿Y no le parece que lo estoy, sor?

—¡Chist!... No se mueva; todavía está muy débil. La de la guadaña ha estado rondándole muchos días y hemos conseguido al fin echarla á escobazos.

—¡Oh, ya podría sentarme!... Díganme eso.

—Duerma, duerma... Ya lo sabrá.

Y se iban á pasos quedos... Sí, él había sentido el filo de la segur; aún no estaba seguro de que la hoz respetara su garganta. Cada movimiento era una molestia, y, sin embargo... podían pedirle que no se moviera, mas ¿por cuál brida sofrenar al Clavileño de su imaginación, que, en apariencia inerte, causábale la fatiga de

las grandes jornadas? Bien sabía que tenían que decirle—¡ como si él no lo supiera!—que era inocente de la muerte del ingeniero. Desde que la monja de los ojos virginales se acercó á su lecho sin la actitud medrosa del principio, presintió él que sus manos estaban ya limpias en la creencia de los jueces... ¿Qué le importaba lo demás? Por medias palabras fué sabiéndolo todo...: sus fiebres infecciosas que hicieron temer una tisis, las congojas pertinaces, la cacería de los negros obstinados en negar, la fuga de Demetrio Ruiz al través de los más fragosos vericuetos del monte, para ir á entregarse, exhausto ya, á cuarenta leguas del punto de partida... Supo que confesó la verdad y que, consumido por la nostalgia del campo, durante el interminable proceso habíase ido consumiendo poco á poco en el patio de la cárcel, sin querer cambiar palabras con los otros presos, hasta extinguirse sin enfermedad, dulcemente, de un embolio: llena la escasa carne de horror de la ciudad y los ojos de geórgicas visiones. Ciudadano del país de Utopía, socialista-poeta hermano de Asís, murió como debía morir y nadie lo supo... Los periódicos dijeron en cuatro líneas que un hombre había sido encontrado cadáver en su celda; y ni siquiera más tarde, cuando el negro corpulento confesó de súbito

ser el asesino y no haber obedecido á ninguna instigación, ni siquiera entonces dijeron que el inculpado era inocente... A los periódicos les disgusta rectificar, porque, en el concepto del vulgo, es más respetable el que menos se desdice. Hay que sostener los errores... Infalibles oráculos, jueces infalibles, opiniones hechas para uso de los que no tienen opinión... Cuando un periódico afirma: «Ésto ha pasado», aumenta en uno el número de los artículos de la fe... ¡ Los periódicos!... Estas dos palabras enardecían en Aurelio un turbión de rencores... ¡ Los periódicos!... Bien sospechaba que el retrato que le hicieron en el gabinete antropométrico habría calumniosamente recorrido el país en todos los periódicos y revistas; y esta convicción lo exasperaba.

¿A qué mortificarse con tales pensamientos?... Las monjitas tenían razón: le hacía falta reposo. Y pretendiendo derivar á las regiones de esperanzas propicias en las convalecencias, se hallaba con otra fuente de sufrimiento: porque como la tristeza no radicaba aislada en un punto concreto de su situación, como todo su pasado era triste, al pensar que cuando se pusiera del todo bueno, iba á ser lo mismo que antes, «sólo lo mismo que antes, ni siquiera un poco mejor...», las lágrimas fluían de sus ojos,

y lentas, ardientes, numerosas, resbalaban por bajo las sienes y mojaban la almohada.

Pudo al fin sentarse. Las hermanitas le dijeron que el doctor lo daría de alta pasados varios días, y que de allí podría irse libre á la calle, adonde quisiese. Las pobres, aunque encaustradas voluntarias, prisioneras al cabo, ponían en la palabra *libre* un exaltado acento. Aurelio tuvo la primera decepción al saber que de la casa donde le guardaban el baúl, lo habían devuelto el mismo día que se hizo público su encarcelamiento, diciendo que les era imposible guardarlo ni un día más... Supo que le retenían por orden del médico algunas cartas traídas por un señor La Capilla, que había venido varias veces á informarse de su estado... Aurelio pidió que le dieran siquiera detalles; quiso saber si alguna de ellas traía sello francés. Le dijeron que sí: tres de España y una de Francia... Y quedó tranquilo, seguro de que lo que esperaba había llegado... Cuando se las entregaron, abrió primero la de Natalia. Era una carta corta, cariñosa, sí, pero de la cual una frase se le fijó vaga é insistente, desvirtuada en el momento por la noticia de que don Juan Antonio Méndez se había suicidado disparándose un tiro. La frase era ésta: «Sea como deba ser: sacrifíquese... Presiento que á mí también me ha lle-

gado la hora del sacrificio...» Quedó atontado. Maquinalmente leyó las cartas de su madre; una misma carta tres veces repetida con diferentes frases vibrantes del júbilo de saber al hijo preferido al comienzo de un buen porvenir.

En los días de convalecencia aquellas dos partes de la carta de ella, la frase y la noticia, quedaron adormidas en su espíritu; en ocasiones, él pensaba haberlas olvidado... y las sentía comprimidas, prestas á ocupar completo el espacio de su alma en cualquier momento... Las menores cosas lo distraían... Notó que la monja de estatura prócer vigilaba á la monjita de ojos virginales. Mientras en la cama del rincón estuvo el viejo, la monjita entraba sola; pero después casi nunca, y furtivamente. Era una vigilancia discreta: el brazo que no se ofrece y es sostén, el timón que guía sin violencia... ¡La monjita de ojos virginales debía tener tan pocos años!... ¿Qué historia de desengaños ó de coacción habíala llevado á marchitar su juventud entre olor de farmacia y rostros macilentos?... El día anterior al de su salida, entró un momento sola, y él le pidió un recuerdo, una medalla, si tenía.

—No tengo ninguna—dijo ella; y en segui-

da—: Espere, sí... Creo que tengo una... No le importará que no esté reluciente.

Regresó al poco rato con la medalla. El la tomó y le dijo:

—Ningún recuerdo podía haberme dado mejor... Esta medalla la ha llevado usted en el pecho.

Se puso roja y echó á correr. El, con una sonrisa de melancolía, vió perderse en el fondo del corredor las albas tocas temblorosas, como una blanca paloma asustada.

Al día siguiente, las dos monjas lo condujeron hasta la puerta. El iba emocionado.

—Adiós, hermanitas... Me acordaré siempre de ustedes.

—Que sea bueno.

—Sí, que sea bueno—repitió trémula la otra voz.

Hay palabras que sintetizan una leyenda, palabras que son conjuro para las emociones... «¡ Libre ! » Sus primeros pasos de hombre que ha estado mucho tiempo vedado de andar, fueron inseguros. El día lo deslumbró. Flotaba en las calles un polvo móvil y dorado. El espacio era fuego fluido; en un jardín las flores se incli-

naban sobre los tallos, semimustiadas. No, no podía andar de prisa—sudor, dejadez, gravitaciones sobre todos los centros de su actividad—é iba lentamente, extático de paso á paso; su cabeza buscaba el apoyo del pecho, casi mustiada, como las flores del jardín. Y de tiempo en tiempo—ráfagas refrigerantes— el eco de una voz en su oído le hacía erguirla: «Sea bueno».

La Capilla le mandó una esquelita de letra atropellada: «No piense que me niego á recibirlo. El beocio del director, mi amo, me dice con un eufemismo de zapatero que el correo se perderá por mí. Vaya mañana, que es domingo, á casa, calle del Cierzo, 36. Ojalá halle usted en los demás, después de su aventura, la acogida que yo le haré. ¡ Reconcho, ha tenido usted mala pata ! »

De nuevo, la lánguida marcha sin rumbo se reanudó... «Sea bueno», repetía la voz inefable... «Sea bueno». En seguida pensó en buscar trabajo. Entró en un almacén de víveres. Los muchachos—le dijo con aire de murmuración un dependiente—los reclutan en España, entre la parentela del dueño. Entró en una sedería: inútil; entró en muchas tiendas; fué después á los periódicos, dispuesto á acomodarse á todo y le recibieron como á un sujeto de in-

formación. Era ya tarde é iba extenuado. En una calle lejana del centro, un anuncio solicitaba á la puerta de un tenducho de aspecto pobre dos aprendices de ebanistería. Entró... El maestro, curvado sobre el banco, alisaba un tablón, y otro hombre moldeaba en el torno. Trascendía el aroma del barniz, y las virutas daban un olor resinoso. El maestro era de pocas palabras; Aurelio se avino á no recibir salario ni más que la comida del medio día. Desde el lunes, á trabajar. Y salió. Aquellas cuatro paredes de la ebanistería eran horizonte infinito... No habría andado cien pasos, cuando lo alcanzó el que moldeaba en el torno.

—¡ Eh... ! ¡ Eh... ! De parte del maestro, que no se moleste en venir. No es por nada, sabe, pero... La maestra, que estaba mirando desde dentro, lo conoció por haberlo visto pintao en los diarios.

Nunca había aquel hombre, habituado á manejar instrumentos que se hundían al menor descuido en las entrañas de la madera, herido tan cruelmente, tan hondo. Aquel *pero* estaría en todas las puertas, entorpecería todas las intenciones, lo recibiría en cada hogar para ahuyentarlo de él como á can maldito cuyos dientes segregan veneno. Junto á él pasaban indiferentes los hombres que, por no haberse obstinado

en contrariar las trayectorias de sus vidas, podían menospreciar al triturado por la fatalidad de los hechos. Huirían de él, con la franqueza con que nunca se atrevieron á evitarlo, los pintorzucho del barrio Latino, á quienes su dinero trababa. La tarde era luminosa y él la veía turbia... La sangre precipitábase á lo largo de las venas; asmático sofoco le hizo desplomarse en un banco. Dentro de los sesos le vibraba una sensación auditiva: fanfarrias, cánticos de difuntos, alaridos, bramar de tempestad, que apaciguados de pronto sin dejar de existir, hacían silencio á estas dos palabras susurradas por una voz temblorosa: «Sea bueno»... ¡ Oh! ser buenos! No contentarse con no ser malo, sobrepasar el punto neutro y escalar la montaña hacia arriba sin temor al derrumbe... ¡ Ser bueno!... ¡ Como si fuera tan sencillo ser bueno!

Representaciones de miseria llegaron á darle el golpe de gracia. La miseria que en los países fríos se momifica, debía tener aquí, bajo el sol que hace abrir las rosas y fermentar las putrefacciones, purulencia de gusanera, olor de sudor, emanaciones indescriptibles de sentina, de estómagos vacíos, de la cloaca infecta de la necesidad... Y muy abiertos los ojos, miraba al sol como preguntándole: ¿ Por qué, si eres la luz sin la cual no hay nada, aceleras la descom-

posición bajo la tierra de los cementerios?... Vino un hombre andrajoso y se sentó junto á él. Hablaron. Hubo confidencias oscuras, reparto de un pedazo de queso, ingeniosas argucias de Nuestra Señora la Escasez.

—Lo que más me mata es no tener dónde dormir... Me caigo de sueño.

—Si tuvieras baúl...

—Lo tengo; en el hospital está.

—Con baúl, sí; porque el baúl queda en prenda... Se le meten unas cuantas piedras para que pese, y se habla de un cheque para llegar... Tú tienes cara de joven y puedes hablar de la familia; eso hace efecto... Si luego se quedan con el baúl, peor.

—Lo que pase luego no importa... Que pueda dormir hoy y...

—Vamos por el baúl. Lo cargaremos juntos hasta cerca, pero llegas tú solo... Se espera que pase un coche para que crean... Si nos ven llegar juntos se chafa la combinación.

—¿Está muy lejos?

—Cerca del muelle. Es una posada de marineros; la dueña es una inglesa... Andando por el bulto.

Llevaron el baúl entre los dos por calles inundadas de la obscuridad incompleta de una noche astral. Cada uno lo sostenía por un asa, y á

veces se cambiaban desitio para descansar las manos. Al través de aquel conducto prosaico y macizo, Aurelio Zaldívar y aquel hombre se cambiaron un sentimiento sutil, sagrado, cristiano: la piedad.

Durmio toda la noche, toda la mañana, hasta la tarde del día siguiente. ¿Durmió? Durmió, sí, porque dormir es estar con los ojos cerrados, inconsciente. Pero en su cabeza las ideas se entrecrocaban, los recuerdos hacían ronda con los presentimientos... Hay molinos de viento que luego de impulsados por el vendaval, dóciles al embate, siguen girando, girando, girando, hasta mucho después de la calma. El molino gira:

... París... la irresponsabilidad que se siente en París, la liviandad, la ligereza, la necesidad de disculpar y de ser disculpado. Algún pobre cronista debe haber dicho que hay burbujas de champán en el ambiente de París... Y bien, si no en todo el ambiente, en la mayor parte... Los sedimentos del dolor están casi invisibles en una ciudad horadada... ¡París! Despreocupaciones, vicios, alegría, civilización, lacerias per-

fumadas, Medusas con sombreros de moda, energías que se dilapidan dulcemente en esquivar los coches, en mirar las vitrinas, en ir y venir sintiéndose átomo en el flujo impersonal de la muchedumbre... ¡París, París! ¡Bien merecen tus bálsamos una apostasía!... ¿Por qué te dejé?

... Don Juan Antonio se ha pegado un tiro. Un ejemplo... Soltar la muletilla de que los que se suicidan son cobardes; abrir la boca á un veneno, hacer último espejo de la hoja de un puñal, imitar á Icaro desde un quinto piso, apoyar la sien en *pose* pensativa sobre un cilindro hueco que tiene la clave de todo... ¿Dónde se dispararía él?... No; en la sien, no... Yo no veo su cara manchada y agujereada; es preciso que aquel hombre haya conservado su máscara hasta que el ataúd estuviera bien atornillado.. ¡Don Juan Antonio!, el hombre feliz, el hombre de la sonrisa y del consuelo; don Juan Antonio, ejemplo y estímulo, flor de París que llevaba en el fondo de su cáliz, enroscado en la base de los estambres, el gusano que le corroía!... Mas como el gusano era amarillo, y eran amarillos el polen y los matices de la corola y armonizaban... ¿cómo sacudir el gusano?... ¡Don Juan Antonio: quién pudiera como tú volver la espalda á la vida, tener la *co-*

bardia de cazar al cervatillo corazón con una bala blindada!... ¡Don Juan Antonio: gran hipócrita, gran comprensivo, estímulo y ejemplo, escúpeme á mí que no seré capaz de suicidarme nunca!

... Misterios, rincones que no descubre el trato cotidiano. No hay ser transparente... Don Juan Antonio parecía un hombre conforme, y yo pensaba conocerlo... Acaso Ricardo Nors no sea un hombre seguro, acaso Sebastián vele sutilezas é irresoluciones bajo la corteza áspera... Madamé Luzis, los Craud... No los conozco, como ellos no me conocen á mí... ¡pero los envidio!... ¿Me conozco yo mismo? ¿Sé qué recursos de resistencia ó acometividad están larvados en mí para la vida que me aguarda? ¿Siquiera conozco á mi madre?... Y ella, la que he creído conocer tanto..., la que escribió las secas cartas de profesora de escuela normal... Yo me supuse inteligente y acepté aquellas cartas como espontáneas cartas de amor; me creí sagaz, y no he visto hasta ahora lo que quiere decir esta frase: «Presiento que á mí también me ha llegado la hora del sacrificio...»

Vuelven á vivir juntos... Un sacrificio... Ríe y rabio... Un sacrificio dice, y quiere hacerme creer que es por no perder al niño por lo que

acepta... ¡ Mentira ! Es la carne que reclama... La carne que se mofa de mí porque yo no supe... Imbécil, imbécil, mil veces imbécil... Y dormirán en el mismo lecho ; primero resistencias ; transigencias más tarde ; la cabeza evangelizadora que cede un día, y los cuerpos que se unen con la niveladora violencia de los fuertes y de los débiles, de los sabios y de los estúpidos... El la poseerá, y ella también lo poseerá... Y él, el cobarde, el *macraud*, él—¿ cómo será él ?—, él va á tenerla al lado, á palparla, á besarla, á morderla, á sofocarla con sus caricias, á rendirla, á calofriarla, á electrizarla... ¡ El va á hacer lo que yo no he hecho... ! Se habrá reído de mí ! A veces centelleaba el fondo de sus pupilas, y ahora sé que aquel centelleo era sardónico. Acaso una noche, entre dos espasmos, hablen de mí... ; hablar no, alguna alusión. El es el *soutener* consagrado por un sacramento... ¡ Y él besará el lunar que se esconde entre los pelos de la nuca !

... Yo he sido mucho tiempo bruto. Hay errores en la creación... Bueno... Poseer : abarcar ; abarcar : posesión total... Sí, yo estaba equivocado... He estado equivocado siempre... Me repugnaba en la posesión la falta de plenitud... Acaso accedí á ciertas cosas porque no se veía...

La conjunción fisiológica está ideada sin fantasía, por una voluntad todopoderosa y grosera... Me explico : Dos se desean... Yo deseo á una mujer, á ella : verla de cabeza á pies, recibirla íntegra en mi mirada, tenerla cerca, pero no tanto que su figura se quiebre en el ángulo óptico... Se posee una cara, un seno, un brazo... se brutaliza todo esto... Mas una mujer sólo se posee si cuando se la mira... Se podría también poseer con el tacto, pero ¿ cómo tocar todo al mismo tiempo ?... Eso debió ser á distancia, por un contacto, infundiéndose mutuamente fluidos carnales, los dos deseos... Dios no se quiso esmerar... Y yo pensaba eso porque era imbécil... Debí poseerla así, como ella quería. Entre dos austeros consejos un salto de chacal, un mordisco en la nuca ; llénanme la boca de pelillos rizados y de carne tibia... besos, cerrarle los ojos á besos, arañarla, aniquilarla... Porque la posesión es un castigo... Haría el viaje para insultarla en la posesión, por gozarla y dar suelta á todos mis rencores... Cada una de las frases falsas de sus cartas, una afrenta ; cada una... ¡ Esto es el arrepentimiento del bien, el más fiero dolor !

La conmoción fué tan recia, que abrió los ojos. Ya despierto, las turbulencias del sueño,

lejos de disiparse adquirieron consistencia. Cuando se sueñan hechos, la razón los confunde ó los borra; mas cuando se sueñan ideas ellas persisten; el sueño ha sido en innumerables casos un resolutor de problemas... Desvelado, Aurelio conservó el pliegue vertical en la frente, el rictus en la boca... Se había decidido... Resuelto sacó sus mejores ropas del baúl, se perfumó, se vistió, distribuyó con arte las negras sortijas de su pelo... Y al salir, sonreía.

El paseo era extenso, abierto al mar, apoyado contra la playa en un murallón de mampos. Los coches marchaban en direcciones inversas formando una hilera sin fin, curva en los extremos del paseo. Las terrazas de los cafés estaban llenas de gente; las aceras también; gentes domingueras que caminaban sin prisa para no estropear el calzado nuevo ni acelerar la conclusión del día festivo. En el mar iniciábase el reflejo de la púrpura de la puesta del sol; brisas salitrosas entraban en la ciudad, pasando sobre los coches descubiertos, agitando muselinas, sedas, gasas, plumas...

Aurelio marchó con la cabeza alta, dirigiendo miradas insinuantes á las mujeres de edad ma-

dura y atavíos juveniles... Se hubiera dado á cualquiera, hubiera tomado dinero de cualquiera... Iba sediento de revancha; en su alma las raíces del arrepentimiento del bien habían desgarrado todo, lo mismo que las recónditas fuerzas de un árbol destruyen la labor del jardinero. Pensaba en las proposiciones de madame Luzis, en las inflamadas cartas de monsieur Velist... Y las últimas palabras del sueño vibraban en su voluntad y trazaban ante sus ojos la ruta ancha de las despreocupaciones. Sus miradas de busca constituían un acto de contrición inusitado: arrepentirse del bien, darse golpes de pecho ante el altar de Satanás... Algo extraño debía tener su figura—acaso las arrugas del traje, pensaba—, pues sorprendió que miradas curiosas le seguían. Anduvo toda la tarde con la esperanza de encontrar; en dos momentos creyó haber encontrado... Luego, casi de repente, la luz comenzó á degradarse, y la retirada se inició. El estaba en el término del paseo, y por más que apresuró sus pasos, los coches acortaban la vuelta y el cordón giraba cada vez más lejano, indiferente, impecable, lujoso... sin que él lograra alcanzarlo. Dos elegantes que pasaron á caballo hicieron corcovear sus cabalgaduras junto á un charco, y salpicaduras de barro le macularon la cara y el traje... La brisa era

húmeda; los faroles destacábanse en el fondo de la noche naciente; el faro de la entrada de puerto dibujaba en el mar un camino dorado y estriado... El polvo le irritaba los ojos, le secaba la boca... Jadeante, renunció á perseguir los coches y se detuvo; los últimos paseantes lo dejaron detrás... Se limpió el barro de la cara; después reanudó su caminata, vencido.

Anduvo, anduvo. Hubiera deseado que le pegasen, que lo insultasen, que otro tren lujoso lo manchara de cieno..., algo agresivo con que romper aquella indiferencia que lo congelaba. Anduvo, anduvo... En una calle, junto á un solar, una mujer de la mala vida lo abordó:

—¿Quieres venir?

—Vamos.

Emparejados anduvieron largo trecho. De pronto, atenzándole el brazo, él le exigió:

—Oye: me tienes que convidar. No como desde ayer.

Ella lo miró con sus ojuelos lucientes como cuentas de venturina. Su cabeza desgredada era innoble; su cuerpo también; los senos colgaban buscando la flacidez del vientre.

—¿Que yo te convide?... ¡Tiene gracia!

—He estado preso hasta ayer.

—El caso es...

—¡Vete; déjame entonces!

—¡Vaya que tienes malas pulgas!... Lleguémonos hasta un café del barrio; tengo allá crédito.

Era un café cantante en el subsuelo de una casa destartalada. En el aire viciado de humo y de vahos de alcohol, sólo brillaban netamente los abanicos orlados de azul de los mecheros de gas. La entrada de Aurelio hizo sensación entre la gente de ínfima laya que llenaba el recinto. Aquellas ropas, la americana entallada, el junquillo, el cuello alto, la corbata, eran un desafío. Veíase que ella estaba contenta y lo miraba con deleite.

—Píde lo que quieras—le dijo con generosidad.

—No; pide tú.

—Mira, es mejor que tomemos vermú y nos vayamos á comer á mi casa.

—Me es igual.

Iba ella á pedir, cuando en el café se hizo un vasto silencio. El tableteo lujurioso de la bailarina cesó. Un hombre cetrino, con una cicatriz sobre el labio superior y las dos mejillas, acercóse á la mesa, tendiendo una copa. Antes de ofrecérsela á Aurelio, echó en el vino la ceniza de su tabaco.

—Pollo, me va á hacer el *orsequio* de beberse esto.

Hubo risitas. La mujer se puso pálida, y en voz baja le aconsejó:

—¡ Bebe !... ¡ Bebe !

Bebió. El matón se alejó triunfante, y de nuevo el café se llenó de voces. El señorito había pagado el tributo, se había dejado apabullar... Sólo después de un momento, Aurelio comprendió; y convencido de haber hallado *otra forma de suicidio*, echó en su copa un puñado de serrín del suelo y, tomando un gran cuchillo de sobre el mostrador, se acercó al valiente. Se hizo una quietud expectante.

—Ahora me va usted á hacer el favor de beber; es su turno.

La voz era serena, pero algo decisivo debió fulgir en su mirada. El hombre intentó rechazar, mas él le puso el borde de la copa entre los labios, y le hizo beber hasta el fondo. Luego, seguido de su pareja, salió sin apresurarse del café.

La mujer no acertaba á hablar. Aquel hombre había *despachado* á dos, y él, *el señorito*, lo había *achantado*. Un deseo infinito se alumbró en sus ojos; besuqueó á Aurelio en la cara.

—Lo que quieras, ¿sabes?... Todo lo que yo tenga, para tí. Eres mi amo... No me dejes por otra, por lo que más quieras en el mundo.

En la casa le preparó la cena. El cenó en silencio, asediado por la solicitud de la infeliz mujer deseosa de prevenir sus deseos. La pobre mujer que hubiera dado el resto de su vida por oír una frase amorosa de aquellos labios, le hizo acostar. En la cama, él tuvo un acceso de frenesí. Con los ojos extraviados, la sacudió, la increpó, hundió sus uñas en la misera carne.

—¡ ¡ Natalia, te detesto ! !... ¿ Por qué te has dado á él ?... ¡ ¡ Te adoro ! !... ¡ ¡ Natalia, dime que te hago mucho daño ! ! ¡ ¡ Natalia ! !... ¡ ¡ Toma, toma, toma, toma ! !

La cabeza hundida entre la almohada, ella suplicaba:

—¡ Pégame, haz de mí lo que quieras; pero llámame por mi nombre, Lucía... antes me llamaba Emiliana... ¡ Pégame...; más fuerte...; haz de mí lo que quieras !

Quedaron extenuados, sudorosos. Ella se durmió, y él sintió sus ronquidos. En silencio, comenzó á vestirse. Lucía no se dió cuenta de que se iba hasta que sintió chirriar la llave. En camisa, enmarañado el pelo, quiso detenerle. Luchó con él, y él la repelió brutalmente, echándola á rodar hasta debajo de la cama.

Salió á la calle. Desde el balcón ella lo llamaba con voces lastimosas, sumisas, inflamadas de deseo.

—¡Loco!... Sube... ¿Por qué te vas?... Ven al menos mañana... Siempre que quieras... ¡Ven!

La voz se dilataba en el silencio de la calle. El siguió, impelido por una sensación de derrota. Asomada á la ventana, la mujer persistía en llamarlo. Siguió por en medio de la calle, y llegó á una plazoleta. Allí, indeciso, estuvo largo rato. De la plazoleta partían varias calles, igualmente lóbregas... imágenes de los caminos que le quedaban por seguir en la vida.

Y en aquel momento, con la precisión con que se comprueba una sensación física, Aurelio Zaldívar sintió que había dejado de ser joven.

EPILOGO

Esta novela no quiere ser, en modo alguno, acto de censura ni de disculpa. Ojalá fuese, si el deseo de ser imparcial no se cumple, esto último, y así podía ejercer, siquiera juzgando á un hombre catalogado entre los seres *imaginarios*, esa virtud que tan raramente ponemos en la crítica de los actos de nuestros prójimos: la lenidad.

Aunque pretendí que la narración fuera neutral, quiero, si no sobre las razones, insistir sobre las incitaciones que ha tenido Aurelio Zaldívar para rodar tan bajo. Acaso, sintiendo el contagioso heroísmo de haber llevado entre sus manos una cabeza cercenada, deje debatir su desesperación en una contienda que tenga desenlace trágico; tal vez viva de la prostitución de una mujer como la que ahora queda llamándole loco, como la que encontró hace mucho tiempo en una calle obscura que vertía su misterio en la ancha vía luminosa del bulevar,—¿os acordáis?—, en París... Y el insistir acerca de su desdicha no tiene implícito el desconocimiento de los argumentos que en contra de Aurelio Zaldívar pudiéranse argüir: es que los callo... Esta ma-